

LA ACCIÓN POLÍTICA EN EL NIVEL ESTRATÉGICO

INTRODUCCIÓN

El contenido del presente texto, referente al capítulo uno de la *Política de la Liberación arquitectónica* (volumen II) se ubica en el ámbito de la acción estratégica, en el horizonte de actualidad práctica de los sujetos en el *campo político*, donde la praxis habrá de dirigirse por una particular teoría cuyos principios posibiliten que la acción sea conducida y, aun delimitada, por un marco de racionalidad crítica hacia la creación de instituciones empíricamente sustentables y de factibilidad eficaz en el marco histórico actual y para las generaciones futuras.¹

Situada desde el realismo crítico de un locus latinoamericano, la Política de la Liberación reacciona contra el pragmatismo acrítico y las tecnologías del poder de la política liberal, fetichizada y necrófila que ha subordinado sus intereses a los del campo de la economía capitalista en beneficio de una élite de la población mundial y en perjuicio de las grandes mayorías, víctimas esquilgadas por los Estados-Nación del liberalismo moderno colonial o metropolitano. El diagnóstico actual respecto a la condición de asimetría planetaria entre acumulación de riqueza y población señala que: “el 82% de la riqueza mundial generada durante el pasado año [2017] fue a parar a manos del 1% más rico de la población mundial, mientras que el 50% más pobre –3,700 millones de personas– no se benefició lo más mínimo de dicho crecimiento [siendo estas las víctimas radicales del sistema, condenadas a la escases y al sufrimiento]”². El otro 50% de la humanidad compite por menos del 20 % de la riqueza que lubrica la maquinaria del sistema económico y financiero actual. Nunca en su historia la especie humana se encontró sometida a tan violento desequilibrio. Para la Política de la Liberación es cuestión perentoria que la reflexión filosófica política actual salga de la estrechez del horizonte academicista para vincularla, estratégicamente, con la realidad práctica cotidiana hacia el objetivo fundamental de transformar el sistema vigente y alcanzar un “bien común”, de toda la humanidad, desde el criterio material, formal y de factibilidad que permita la construcción de un nuevo sistema allende a la modernidad colonial.

¹ Sobre la definición de *campo político* Dussel señala: “De esta manera usaremos en esta obra el concepto de *campo* sólo en un sentido aproximado al de Pierre Bourdieu” (p. 90), quien en su estudio sobre la biografía intelectual de Martin Heidegger explica metodológicamente la posición del gran filósofo alemán tomando como referencia tres *campos*: el político, el universitario y el filosófico (p. 94). “Utilizaremos dicha categoría [campo] para situar los diversos niveles o ámbitos posibles de las acciones y las instituciones, en las que el sujeto opera como *actor* de una función, como participante de múltiples horizontes prácticos, dentro de los cuales se encuentran estructurados además numerosos *sistemas* y *subsistemas* —en un sentido semejante al de N. Luhmann—. Estos *campos* se recortan dentro de la totalidad del «mundo de la vida cotidiana». Hay tantos *campos* como tipos de actividades humanas. Nos interesarán especialmente los *campos* prácticos [...] (el campo familiar, de la vida de barrio o aldea, del horizonte urbano, o de los estratos culturales, de la existencia económica, deportiva, intelectual, política, artística, filosófica, y así indefinidamente). [...] incluiremos así diversos *sistemas* y *subsistemas* en el campo político que las hacen nociones muy útiles para nuestro propósito. Además, en vínculo con M. Foucault, es entendido el *campo* como una red de relaciones de poder que se estructuran mutuamente dentro de un mismo horizonte”. Dussel, 2009, 90. Véanse además Esquemas 16.01, p.91 y 16.02, p. 96.

²Oxfam Internacional, véase <https://www.oxfam.org/es/sala-de-prensa/notas-de-prensa/2018-01-22/el-1-mas-rico-de-la-poblacion-mundial-acaparo-el-82-de-la> Informe de Oxfam-Enero de 2018.

Si bien, toda cualidad estratégica implica la capacidad de anticipación respecto a un futuro próximo, como el diseño de escenarios posibles, la prevención de resultados y, por supuesto, la claridad de fines con respecto a medios. Es importante señalar que no es posible realizar un cálculo con precisión absoluta respecto a consecuencias siempre favorables en la toma de decisiones. El desarrollo de los acontecimientos humanos, en el complejo movimiento de su devenir, contingente *per se*, tiende siempre a producir negatividades sociales diversas. La proyección del futuro, a nivel político, está atravesado por un factor entrópico multifactorial donde las instituciones, de acuerdo con la segunda ley de la termodinámica, van mermando su eficacia inicial. En tal sentido, es a partir de un realismo crítico Dussel indica:

La acción político-estratégica se encuentra en el nivel de lo *posible* [factible], y en esto es lo contradictorio a lo *imposible* [no factible] aunque hay agentes que intentan lo *imposible*, y esto indicaría que la acción habría dejado de ser estratégica, transformándose en antiestratégica o irrealizable, propio de un cierto anarquismo extremo de derecha o izquierda.³

A lo que agrega:

la acción estratégica se sitúa en el centro de una indefectible dificultad en el proceso de la decisión en su operabilidad, se trata de la inevitable incertidumbre de la decisión estratégica de lo por obrar, en cuanto imprevisible e impredecible con exactitud matemática y ni siquiera estadística [...].⁴

De modo que creer o prometer el establecimiento empírico del reino de la libertad como realización absoluta a efecto de cierta praxis política significa un utopismo ideológico –carente de factibilidad– del cual deseamos alejarnos. Ninguna revolución histórica condujo hacia ese destino atemporal y ultraterreno; lo cual no implica, en modo alguno, el abandono de la acción política, táctica y estratégica, por el pesimismo acrítico de un supuesto eterno retorno al caos. Por el contrario, el principio esperanza que nos mantiene en la acción habrá de ser la constante hacia la construcción de sociedades de justicia común a través de mediaciones políticas múltiples.

1. La acción política en el nivel estratégico: entre el campo de guerra y el campo político.

El término ‘estrategia’, desde su más remota etimología, se vincula con el vocablo ‘estratega’, en lengua griega, *strategós* (στρατηγός), que sustantivaba, al comandante en jefe o general de un batallón militar terrestre. *Strategós* –que a su vez deriva de *stratós* (στρατός) ejército– tiene su origen en la Grecia Arcaica entre el 508/507 a. C. con la reforma del legislador Clístenes quien instituyó una junta de jefes militares en las diez tribus atenienses. El vocablo *strategós*, en su desarrollo, significó, también, estrategia (στρατηγία), es decir, el ‘arte de dirigir operaciones militares’.

En China, será justo el caso del célebre *Sun Tzu*, que en realidad es el nombre del gran líder militar chino, cuyo escrito será conocido como *El Arte de la Guerra* (siglo IV a.C.). *Strategós* y estrategia tienen aquí una fusión íntima; el líder y su función planificadora hacia la resolución de un conflicto constituyen un binomio complementario. Más tarde, en la Europa del siglo XVI, Nicolás Maquiavelo –después de redactar *El Príncipe* en 1513– escribirá, basándose en la experiencia de antiguos jefes militares romanos, *Del arte de la guerra* (1520), donde expone recomendaciones sobre la organización, principios y métodos para la formación y dirección de ejércitos nacionales. Para el siglo XIX Karl von Clausewitz escribió,

³ Dussel, 2009, 107.

⁴ *Ibid.*, 107-108.

quizá, el último gran tratado filosófico sobre el tema, al cual tituló *De la guerra* (1832). Es conocido que para el general prusiano “la guerra es la continuación de la política por otros medios”⁵, pues los ejércitos se someten siempre a la política y a las directrices emanadas de ella. No obstante, señala, a manera de mayor precisión, que “el objetivo político de la guerra está situado realmente fuera de la esfera de la guerra”.⁶

La estrategia militar persigue, pues, no sólo el objetivo de la victoria mediante la eficacia del uso de recursos, sino la conservación y aumento de la vida, mediante tácticas diversas –sobre todo de defensa– de aquellos encargados de la acción en el campo de batalla y, principalmente, de la comunidad por la cual se lucha, la que constituye un pueblo en su conjunto que clama por su liberación, y que piensa en el objetivo ulterior de instituir una nueva totalidad con justicia y bienestar común. El propio Sun Tzu señala que la guerra no puede ser ignorada, pues “es el terreno de la vida y la muerte”⁷, aunque, en términos estratégicos, “lo más deseable es someter al enemigo sin librar batalla alguna”⁸. Lo cual implica la habilidad constante por mantenerse en el campo político para evitar avanzar al *locus* del “enemigo absoluto” –de un Derrida⁹ o del *hostis* de un Carl Schmitt¹⁰–, es decir, al terreno militar en el campo de guerra.

En tal sentido, para la Política de la Liberación, no son indiferentes las múltiples experiencias populares de insurrección armada acontecidas en el mundo y, menos aún, las ocurridas en América Latina a lo largo del siglo XX. Desde la revolución cubana en 1959 y la táctica de guerra de guerrillas que el propio Che Guevara difundiera. Es conocido que Ernesto Guevara de la Serna publicó en 1960 –un año después de la triunfal revolución– un manual de táctica militar titulado *La guerra de guerrillas* en el que explicaba su teoría del foquismo además de compartir su experiencia guerrillera en la Sierra Maestra siendo integrante del Movimiento 26 de julio. El propio Che Guevara trataría de poner en práctica el foquismo en el Congo y en Bolivia con resultados no favorables. En su teoría señalaba que: “No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas”¹¹. A través de la guerra de guerrillas –especialmente en zonas de sierra– se trataba de tomar al enemigo por sorpresa, desgastarlo en su propio terreno; atacar sin ser visto usando destacamentos intermitentes, dispersos y atomizados; interceptar comunicaciones y provisiones del enemigo; destruir infraestructura primaria, centrales eléctricas, caminos, puentes, etc. El manual influyó, sin duda, a los futuros Frentes de Liberación Nacional, por ejemplo, al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, fundado en 1961; o al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros en Uruguay, durante la década de los 60; o a las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) en El Salvador, fundadas en 1970, y transformadas después en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Hasta llegar a México y el levantamiento indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994; siendo éste, quizá, el último intento foquista revolucionario de los siglos XX.

Más recientemente considérense, también, las experiencias de gobiernos alternativos en América Latina surgidos de complejos procesos que involucran largas luchas de movimientos sociales populares, creativos y diversos que, ante el escarnio de gobiernos neoliberales, se han esforzado por ejercer el poder desde una pretendida reconfiguración del Estado liberal. Los casos de Venezuela, Bolivia, Brasil y Ecuador, con todo y sus grandes diferencias, así como en sus particulares devenires, son dignos de

⁵ Clausewitz, 1999, Capítulo I, sección 24.

⁶ *Apud.*, Dussel, 2009, 92.

⁷ *Ibid.*, 266.

⁸ *Ibid.*, 126.

⁹ Véase “De la hostilidad absoluta” en Derrida, 1998.

¹⁰ Véase Schmitt, 1998.

¹¹ Capítulo I, sección 1.

estudio¹². A nivel de liderazgos es importante observar que algunos de los dirigentes de dichos gobiernos surgieron de legítimas luchas con participación en movimientos populares insurreccionistas. Lo seguro es que, desde su nueva posición de liderazgo, tuvieron, cada caso en particular, que pasar de la estrategia militar insurgente anti institucional (“estado de rebelión” como *hiperpotentia* o momento des-tractivo del Estado) a la estrategia política de construcción de nuevas instituciones nacionales. Es decir, que debieron transitar de un proceso revolucionario des-tractivo a un proceso de revolución cons-tructiva. Desplazarse del liderazgo militar al liderazgo político democrático participativo, es decir, al ámbito formal del consenso popular (potestas).

Los siguientes casos no son casualidad ni mero anecdotario: 1) Como estratega político y militar el Comandante Hugo Chávez Frías logró sublevar, en 1992, al ejército oficial de Carlos Andrés Pérez y forjar una alianza con movimientos populares con el objetivo de construir la Revolución Bolivariana en Venezuela, durante dos años fue encarcelado, hasta 1994; para 1998 llegó a la presidencia por vía de elección democrática. 2) El expresidente de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, obrero metalúrgico y destacado líder sindical, organizó las mayores huelgas nacionales contra el régimen militar durante la primera mitad de la década de los ochenta. Su sucesora, la expresidenta Dilma Rousseff, fue guerrillera torturada durante la dictadura de João Goulart (1961-1964). 3) El actual presidente de Bolivia (desde 2006), Evo Morales, indígena aymara y sindicalista cocalero, tiene un largo historial de lucha social y política en su país, la Guerra del agua en el 2000 y la del Gas en 2005 son un buen referente. 4) El vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, militó en el ejército guerrillero Túpac Katari. 5) El expresidente de Uruguay, José Mujica, participó en el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros.

Obsérvese, pues, el estratégico desplazamiento del campo de guerra al campo político. A cincuenta y un años de la muerte del Che Guevara¹³ es pertinente discutir el tema de la estrategia y las tácticas hacia la transformación del orden vigente. Se trata, ahora, del tema de la gobernabilidad y de la figura del político que pone diques y crea, legitimado por la comunidad popular, nueva temporalidad política desde criterios éticos.

2. Táctica y estrategia en el realismo político actual.

De lo que se trata es de vislumbrar y construir posibilidades factibles y no puramente lógicas o ideales –utópicas diría Hinkelammert–, lo que supone la búsqueda teórica, con principios y criterios, como marcos estrictos –los diques de los que habla Maquiavelo– que aporten para su realización histórica-concreta. Lo seguro es que no existe un algoritmo que nos indique los procedimientos, con estrategias y tácticas precisas para alcanzar nuestros nobles objetivos. Quizá habrá que transitar en el largo transcurso de la historia en el esfuerzo constante, teórico y práctico, con todo y los riesgos que ello supone.

En el horizonte del realismo político crítico se vislumbran dos fenómenos ya operantes en el siglo XXI: 1) La transformación potencial del Estado liberal a partir de la recuperación de su soberanía, desde bases populares, a manera de macro órgano aglutinador de las demandas sociales y macro institución de representación pluricultural. Bolivia, Venezuela y Ecuador como Estados constitucionalmente plurinacionales son ejemplos. Así, también, partidos políticos progresistas buscan avanzar hacia el mismo sentido¹⁴. 2) Los movimientos autonomistas y su creatividad alternativa microinstitucional. Organizaciones indígenas en México como los Caracoles zapatistas en Chiapas, o las comunidades

¹² Véase Klachko y Arconada, 2016.

¹³ Asesinado el 9 de octubre de 1967 en La Higuera, Bolivia.

¹⁴ Podemos e Izquierda Unida en España o MORENA (Movimiento de Regeneración Nacional) en México serían quizá algunos ejemplos.

purépechas en Cherán, Michoacán, son ejemplos. También, los Sin Tierra en el Brasil, al sur latinoamericano, son bien conocidos.

En sentido positivo, el gran reto entre el “estatismo” y el “autonomismo” es su progresiva articulación a partir de elementos análogos. Como hipótesis de trabajo, en el nivel más filosófico, la táctica primordial y permanente es pedagógica-política, lo cual consiste en des-aprender ciertos presupuestos y/o formas de “relación política” inducidas y naturalizadas (racionalizadas) por el paradigma político moderno en su forma de Estado liberal-colonial, para, a su vez, aprender y re-educarnos en categorías políticas críticas que posibiliten un movimiento constante hacia la construcción, desde la teoría y la praxis, de un liderazgo hegemónico (en sentido gramsciano), desde la retaguardia, que nos conduzca hacia una nueva forma de Estado en una civilización transmoderna.

Hacia la construcción del sistema nuevo la tensión entre teoría y realidad es clara en el sentido de la no reconciliación entre el concepto y lo existente. En palabras de Dussel, desde un realismo crítico, es pertinente afirmar que:

en la práctica política o en la teoría se va bosquejando un paradigma o modelo de transformación posible, lo cual no es simple y frecuentemente lleva tiempo, por lo que no se puede delinear siempre detalladamente. Ante la democracia liberal [...] hay que ir formulando un “paradigma” o un “modelo” nuevo de amplia participación, de hegemonía popular [...] de renovada eficiencia administrativa que se fundamente en un nuevo “pacto social” (y además en nuevas constituciones que permitan nuevas estructuras de un Estado transformado).¹⁵

Lo seguro es que para la política de la liberación la estrategia y la táctica se piensan en un movimiento complementario y dialéctico. La estrategia, por un parte, mira hacia el horizonte futuro, se vincula con los fines que pretendemos alcanzar; con la dirección en la que apunta nuestra brújula y con el rumbo hacia el cual caminamos; es la constante que piensa la superación del Estado liberal para instituir una nueva macroinstitución cuya concepción de poder comprenda como sede al pueblo en su conjunto; al bloque social popular como principio y fin en referencia a objetivos comunes de bienestar y de justicia social. La táctica, por otro lado, se vincula con el pensar y el actuar en referencia a los medios disponibles; implica la labor responsable de las tareas cotidianas en el campo pragmático político. Se trata del cálculo en la correlación de fuerzas, de la realización de acciones concretas en la militancia y participación en organizaciones, movimientos, o partidos políticos progresistas.

De manera tal que la estrategia no puede estar por encima de la táctica ni viceversa. Si atendemos sólo la estrategia nos quedamos en el plano de lo utópico como marco ético regulativo. Pero si miramos sólo la inmediatez de la táctica, entendida como acción política concreta, corremos el riesgo de perder la brújula y el horizonte hacia el cual pretendemos avanzar. Táctica y estrategia constituyen un binomio necesario e indisoluble. La praxis política cotidiana, la militancia, o las tareas del día a día de los actores políticos habrán de distinguir una dirección bien definida, un horizonte hacia el cual avanzar programáticamente para alcanzar objetivos específicos en plazos diversos –corto, mediano o largo– de acuerdo a su grado de complejidad.

Los objetivos de un movimiento político desde abajo, de izquierda en sentido específico, habrán de apuntar a la conquista de cada una de las instituciones que componen el Estado, lo que implica, en lo inmediato, la planeación de una cuidadosa táctica electoral. Un aparato formal participativo, no restrictivo al sufragio, que conduzca a expandir y profundizar la democracia en todos sus niveles es de primer orden. Quien piense hoy que es factible saltarnos al Estado –como un Holloway en su *Cambiar el mundo sin tomar el poder*– no se da cuenta que, quizá sin pretenderlo, pudiese contribuir a que el

¹⁵ Dussel, 2006, 113-114.

imperialismo colonial se haga presente con mucha mayor fuerza dentro de naciones, Estados nacionales o plurinacionales, ya de por sí históricamente debilitados. La táctica electoral, a corto o mediano plazo, no pudo confrontarse con la estrategia de construcción, a largo plazo, de un nuevo sistema transmoderno.

En conclusión, sobre las estrategias, las tácticas, los medios, los fines, etc., nuestro filósofo de la liberación mostrándonos la brújula señala:

El campo político queda siempre delimitado, en su nivel material, por una exigencia primera: el no negar la vida de la comunidad política misma, de los antagonistas políticos, en último término de toda la humanidad. [...] En efecto, la vida humana, como es obvio [...] es el supuesto absoluto y el fin de toda la política. Si los actores políticos mueren (por hambre, por represión, por persecución, por guerra, etc.), el campo político desaparece, porque desaparecen los actores de tal campo, o porque se transforma en otro tipo de campo (por ejemplo, en un campo militar). La vida es la condición absoluta, pero aún más: es el contenido de la política; y es por ello igualmente su objetivo último, cotidiano, el de sus fines, estrategias, tácticas, medios, estructuras, instituciones.¹⁶

BIBLIOGRAFÍA

Dussel, E. (2009) *Política de la liberación II. Arquitectónica*, Trotta, Madrid.

Dussel, E. (2006) *20 tesis de Política*. Siglo XXI, México.

Complementaria:

Clausewitz, K. (1999) *De la guerra*, Colofón, México.

Derrida, J. (1998) *Políticas de la amistad*, Trotta, Madrid.

Guevara, E. (2006) *La guerra de guerrillas*, Ocean Press, La Habana.

Klachko, P. y Arconada, K. (2016) *Desde Abajo, Desde Arriba*. Partido del Trabajo, México.

Schmitt, C. (1998) *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid.

¹⁶ Dussel, *op. cit.*, 439.